

Don Juan Tellez Giron, Conde de Ureña, Notario mayor de Castilla, confirma.

Don Pedro Enriquez, Adelantado mayor de Andalucía y Notario mayor de ella, confirma.

Don Diego Sarmiento, Conde de Salinas, Rostero mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Gutierre de Cárdenas, Comendador mayor de Leon, de la Orden de Santiago, Contador mayor del Rey y de la Reyna, confirma.

Don Juan Chacon, Adelantado del Reyno de Murcia, Contador mayor, confirma.

El Comendador Rodrigo de Ulloa, Contador mayor, confirma.»

»Yo Fernando Alvarez de Toledo, Secretario del Rey y de la Reyna nuestros señores, é Gonçalo de Baeza, Contador de las relaciones de sus Altezas, Regentes de la escrivania mayor de los sus privilegios, e confirmaciones, fuimos presentes á todo lo que dicho es. Fernando Alvarez. Gonçalo de Baeza (1).»

En virtud de estas capitulaciones ó privilegio rodado, el rey Boabdil, que entregaba en rehenes quinientas personas hasta que la ciudad y sus fortalezas estuviesen ocupadas por los cristianos, recibió de los reyes de Castilla la seguridad ya estipulada de tratar á los moros como súbditos y amparar sus personas y propiedades. Á Boabdil le dejaron por juro de heredad las villas y lugares de las tahas de Berja, Dalías, Marchena, Boloduy, Lachar, Andarax, Ugijar, y otras de menor importancia libres de tributos y gabelas, y también los bienes que poseía en vida su padre Muley Hixem. Asimismo quedó en pacífica posesión de todos los suyos la sultana Aixa y los demás individuos de su familia, y por último los reyes de Castilla hicieron merced á Boabdil de treinta mil castellanos de oro, que montaban *catorce cuentos é quinientos é cincuenta mil maravedis*.

El 14 de enero de 1492 partió de Santa Fe el último rey de Granada para posesionarse de sus nuevos Estados en el corazón de la Alpujarra: tenía sólo 30 años de edad.

(1) Copia literal de Bermúdez de Pedraza.

Don Juan de Rivera, Notario mayor del Reyno de Toledo, confirma.

Don Pedro Enriquez, Notario mayor de Andalucía, confirma.



CAPÍTULO VIII

LUCHAS DEL PAPADO

Falta de consideración á la respetabilidad del Pontífice. — Los abusos y anomalías. — El Evangelio de San Mateo. — Lo que fué en su origen la Religión cristiana. — Como piensa cierta escuela sobre la supremacía de los Papas. — El superior Jerarca toma el nombre de Papa. — Se separa el poder temporal del espiritual. — Gregorio III. — La dinastía Merovingia. — La ciencia se concentra en el clero. — Pipino de Heristal. — Pipino el Breve es elegido rey de los Francos y consagrado por el Papa. — El Pontificado recibe cuantiosos Estados. — Carlo-Magno: es coronado por el Pontífice: protege la ciencia, abre escuelas y funda la Universidad de Paris. — La Alemania adquiere la dignidad imperial. — Comienzan los graves disgustos con el Papado. — Gregorio VII. — Enrique IV. — Conrado. — Enrique V. — Guerra de las investiduras. — Pascual II. — Gelasio II. — Gregorio VIII. — Calixto II. — La casa de Franconia queda extinguida y se entroniza la de Hohenstaufen. — Los Güelfos y los Gibelinos. — Inocencio II. — Güelfos y Gibelinos italianos. — Federico I. *Barbarroja*. — Adriano IV. — Muerte de Arnaldo de Brescia. — Alejandro III. — Enrique VI. — Inocencio III. — Federico II. — Honorio. — Gregorio IX. — Inocencio IV. — Conrado IV. — Con su muerte la casa de Suabia abandona la corona imperial. — Se forman dos Confederaciones. — Urbano IV. — Manfredo. — Carlos de Anjou. — Conradino. — Emprende la restauración. — Sufre algunos desengaños y pierde la batalla de Tagliacozzo. — Caer prisionero con sus primos Federico y Enrique. — Clemente IV lo reclama. — Carlos de Anjou los condena á muerte. — Sus restos fueron depositados en el Convento del Carmen de Nápoles. — Conclusión.



SIEMPRE que la historia del Catolicismo esté exenta de preocupaciones y separada de las contiendas de las sectas y partidos así políticos como filósofo-religiosos, dará á conocer el origen de marcados derechos, su enlace y unión con los primeros cristianos y el objeto moral que pudo haber en la remota época de su fundación.

¿Por qué se falta todos los días por personas ilustradas, como el señor Draper, de una manera más ó menos embozada ó directa á la respetabilidad del Sumo Pontífice? ¿Por qué se le apostrofa y se le zahiere por intitularse sucesor de San Pedro? ¿Por qué escritores de mérito y saber vierten su hiel y coraje, queriendo probar que en parte alguna del Evangelio se habla del Santo Padre ni de la Santa Sede en la forma y manera como está constituida? ¿Por qué se rechaza que Jesucristo hiciera á San Pedro cabeza de los demás Apóstoles y su Vicario en la tierra? ¿Por qué, en fin, se niega que el Papado sea de institución Divina? ¿Cuánto no se ha discutido en estos últimos tiempos, y aún en épocas anteriores, acerca la infalibilidad del Pontífice?

Estos diferentes modos de pensar han producido contradicciones lamentables, errores funestos, sofismas engañosos, que se dieron á conocer ó se indi-

caron en medio de revueltas y trastornos, que llenaron de aflicción y amargura á la Iglesia de Jesucristo.

Se habla también con inusitada ligereza de abusos y anomalías, de cismas y antipapas, de trastornos y guerras desoladoras, todo siempre con la deliberada intención de lastimar el Catolicismo en su cabeza visible, como desgraciadamente sucede con el profesor norte-americano, imitando ó siguiendo las huellas de Condorcet y otros filósofos del siglo XVIII. Se saca á plaza la extensión que alcanza el poder temporal, su influencia en los destinos de las naciones y otras preeminencias y regalías, hijas de pasadas circunstancias por las que atravesó el mundo católico. Á ello se atribuye una ambición personal y un deseo irrevocable de querer establecer un poder superior, universal, semipolítico y absorbente, al cual debían subordinarse todos los poderes públicos constituidos en la tierra.

Y sin que nosotros veamos en todo esto conflicto alguno para el progreso de la ciencia en sus múltiples manifestaciones, como pretende ver el señor Draper; sin embargo, nos permitiremos hacer algunas breves consideraciones sacadas de la historia.

Cualquiera que examine con imparcialidad y recto juicio el mayor número de cargos que se hacen al Papado, aquel que estudie sin prevención las partes más sobresalientes de este zarandeado proceso, después de haber reconocido al Pontífice como jefe Supremo y cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, se convencerá que todo este alegato no tiene importancia alguna científica ni filosófica; tendrá que convenir con nosotros, que semejantes regalías son peculiares de las condiciones y creencias de otros tiempos, del estado tempestuoso de los actuales, de la falta de fe, y de las condiciones inherentes al corazón humano.

Nosotros no somos ultramontanos, en el sentido que se aplica generalmente esta palabra, ni neo-católicos; tampoco pertenecemos á los luteranos ó calvinistas, ni á ninguna de aquellas agrupaciones que se llaman anglicanos, galicanos, reformistas, armenios, ni á otra secta. Somos, lisa y llanamente, hijos de la Comunión Católica, Apostólica y Romana como lo fueron nuestros padres; como si dijéramos, católicos viejos; pero sin preocupaciones ni exageraciones, que siempre hemos rechazado. Es más; aceptamos de buen grado y sin mistificaciones todos los *progresos* verdaderos de las escuelas modernas en tanto no afectan al espíritu fundamental del dogma, y por esta razón vamos á consignar algunos datos suficientes para desvanecer aquellos llamados *cargos* ó *conflictos*.

San Mateo dice en el Evangelio (xvi., 17, 18, 19): «Eres muy dichoso, Simón, hijo de Juan, porque no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos.

»Y también te digo, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

»Y Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que tu atares en la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que tu desatares en la tierra será también desatado en los cielos...» «Yo estoy orando para que tu fe no desfallezca...» «Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas,» dijo Jesús á Simón Pedro después de haber resucitado.

De estas santas palabras que el Divino Redentor dijo á Pedro delante de los demás discípulos ¿no es verdad que señala con su nombre propio aquel que



Dagoberto I (Dag-Bert).

ha de ser el jefe después de su muerte? Y parece natural y hasta lógico, que el Hombre-Dios designara entre los apóstoles, cuál de ellos debía ser la cabeza visible de la Iglesia para que le acataran como superior.

¿Qué fué la Religión cristiana en su principio? Una reunión de hermanos, perseguidos por los emperadores, teniendo que ocultarse en las catacumbas para no ser asesinados ó martirizados por los sicarios del paganismo. Estas comuniones se regían por preceptos altamente humanitarios bajo la dirección de los ancianos, que llevaban el nombre de *presbíteros*, y su jefe era elegido por los mismos apóstoles. Este jefe, que se le distinguía con la denominación de Inspector ú *Obispo*, velaba á fin de que no se alterase la pureza de las doctrinas.

Las asambleas ó *Concilios* fueron instituidos por los Apóstoles. El de Jerusalem, según aseguran sabios ilustres, lo presidió San Pedro, el cual inició las cuestiones y fué el primero que emitió su opinión.

Veamos ahora como piensa cierta escuela respecto la supremacía del Papa sobre los reyes, por su origen divino; por más que nosotros *no aceptemos semejante modo de pensar*.

«Como toda soberanía humana moralmente constituida, dicen, representa el derecho divino, y como quiera que este derecho ha sido creado por Dios, de ahí que no puede ser destruido ni aniquilado por los hombres; y este debe ser el dogma fundamental de toda religión verdaderamente social.

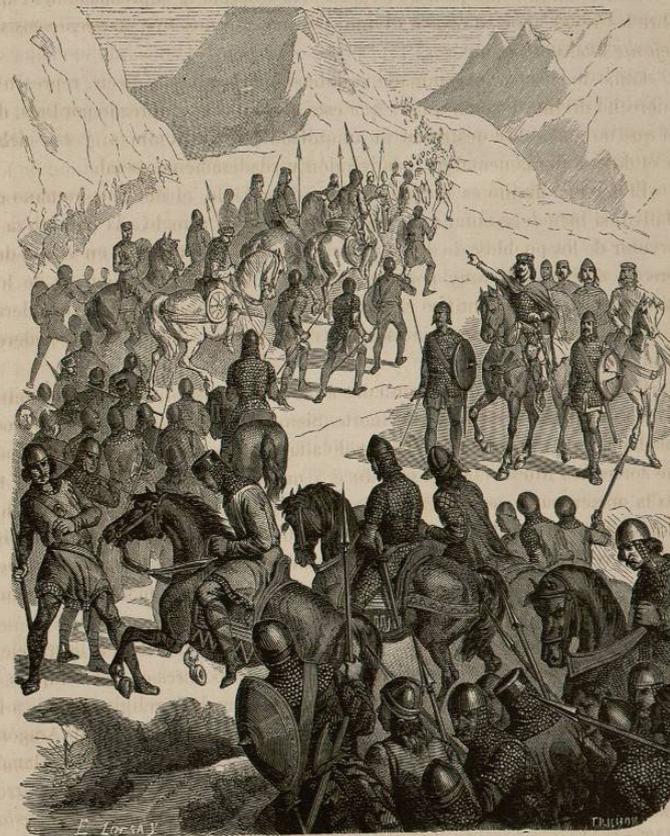
»El derecho divino es incondicional é invariable, el derecho humano es relativo, si bien debe obrar con independencia y con arreglo á la naturaleza y porvenir de los pueblos; de donde deducen, que el poder creado en virtud del derecho divino, está muy por encima de todo otro poder que emana de los hombres; y como el Pontífice es en la tierra el representante de aquel derecho, su influencia ha de pesar sobre las naciones y sobre todos los poderes constituidos... etc.»

¡Ilusiones!... Cuestiones peculiares á las Academias y Liceos, que resuelve de otro modo el derecho del más fuerte. Siempre hemos considerado estas teorías demasiado exageradas, y sobre todo altamente peligrosas para los tiempos que corremos. Nuestro objeto se reduce á una simple indicación, para que se vea la manera como se razonaba respecto la primacía del Pontífice sobre los demás poderes constituidos. No estamos tampoco llamados á dilucidar ni discutir acerca cuál de las doctrinas es más aceptable; si el *galicanismo* ó el *ultramontanismo*, que partiendo ambas de un mismo centro, marchan por rumbos opuestos y se hacen irreconciliables.

Ahora bien: siendo el Pontífice el representante de lo divino en la tierra, ejerció por mucho tiempo la iniciativa sobre todos los poderes civiles; empero si Carlo-Magno aceptó con el mayor entusiasmo y lleno de fe religiosa-católica la alianza y dirección de la Iglesia de Jesucristo, en cambio Don Pedro III de Aragón, apellidado el *Grande*, rehusó la tutela del Papado, que por cierto no la reclamó, y el monarca en el acto solemne de la coronación declaró con la mayor arrogancia, *que era independiente y no recibía la corona de manos de la Iglesia*.

¿Tenía algún origen fundado este privilegio del Pontífice sobre los príncipes y monarcas? Indudablemente. El papa Nicolás había sido coronado en presencia de Luis III, el cual llevó después de la ceremonia la brida de la cabalgadura. Entonces se consideró el Papado como superior á toda jerarquía civil, y como dice la crónica de Regino: «El Papa reinó sobre los reyes y tiranos, y los sometió á su autoridad, como dueño del mundo.»

Su severidad para con los impíos y la protección y benevolencia que mostraba á los que practicaban los preceptos evangélicos, fué seguida de su sucesor Adriano II, quien al dar la sagrada Eucaristía á Lotario, que había repudiado



Pipino el Breve forzando el paso de los Alpes.

á su esposa Teutberga, le dijo: *Si has renunciado al adulterio, si has roto toda clase de relaciones con Gualdrada, este Sacramento te proporcionará la salvación; pero se cambiará en castigo si sigues siendo perverso.*»

Lotario bajó al sepulcro á los pocos días.

Mas sea de ello lo que quiera, á medida que la Iglesia aumentaba sus dominios, aumentaba también la autoridad episcopal; su jurisdicción era más extensa y cambiaba la forma, porque así lo reclamaban y hasta lo exigían las circunstancias. Los tributos antes voluntarios se hicieron permanentes, los Obispos como sucesores de los Apóstoles ordenaban á los presbíteros y diáconos, el clero rural se subordinó al Obispo como jefe de la diócesis, el cual á su vez está bajo las órdenes del Metropolitano ó Arzobispo.

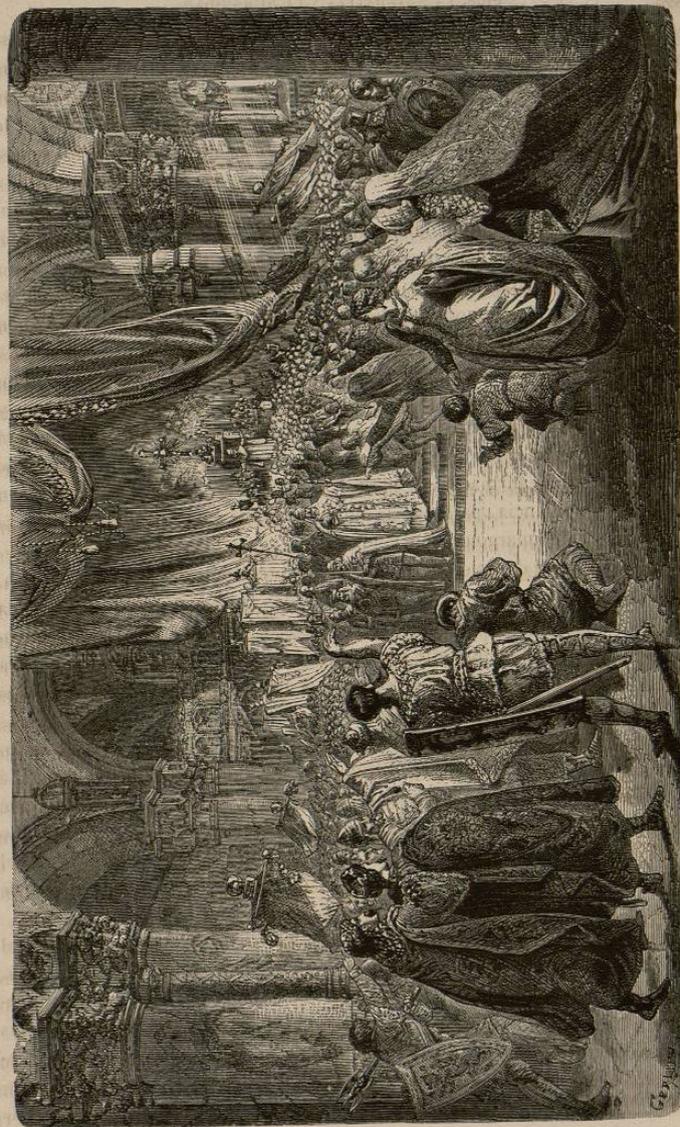
Entre los supremos jefes el de Roma era el primero, luégo seguían el de Antioquia, Constantinopla y Jerusalem. Estos tres últimos tomaron el nombre de Patriarcas. Constantino en calidad de Emperador pedía la reunión de los Concilios, el joven Graciano consideró como *sacrilegio* que el Emperador conservase la supremacía de Gran Sacerdote, y publicó un edicto por el cual, «remitía al Obispo de Roma el examen de los demás preladados, á fin de que no fuesen los jueces profanos los que entendieran en asuntos de Religión, sinó un Pontífice de la misma con sus clérigos.»

Ved aquí separado el poder temporal del espiritual. Parece que se quería que el uno dirigiera el mundo político y el otro el moral y religioso. En el Concilio de Efeso se leyó una carta del *Papa*. El Santo Padre buscando la unidad del sacerdocio y de la cristiandad, quiso que su poder tomase el carácter universal apellidándose *Católico* desde la Silla de Roma. Los reyes y los pueblos todos de Europa, Asia y aun de Africa, que profesaban la Religión de Cristo, aceptaron la supremacía del Pontificado, que ejercía su santa autoridad en beneficio de todos, bajo el manto augusto de una Religión de paz y caridad. Dígase lo que se quiera: el Pontificado derribó la esclavitud para levantar el pavés de la libertad humana; más de una vez dominó á la tiranía, impuso su autoridad á los opresores, amparó al pueblo y dió á conocer prácticamente, como dijo el señor Girardin, el principio de las monarquías representativas.

La Iglesia de Jesucristo, representada en su cabeza visible, atravesó una serie de persecuciones terribles, de cismas y de guerras, y aunque débil y humilde sufrió resignada todos los vaivenes y grandes oscilaciones sin perder el aplomo sobre la sólida base de su origen, dirigiendo la nueva civilización que nació al pié de la Cruz y afianzando el poder de las nacionalidades puestas á su cuidado.

La regeneración comenzó bajo los auspicios de Gregorio III, que desconfiando del emperador, buscó en un príncipe extranjero la salvación del Pontificado, entregándose á la defensa y firme apoyo del invencible Carlos Martell.

La dinastía Merovingia había entrado en el gremio de la Iglesia de Jesucristo, y Clodoveo recibió del papa Anastasio II el título de Rey Cristianísimo é hijo primogénito. Después de este príncipe se pierde la unidad real, y el cri-



Coronación de Carlos Magno.

men ensangrentó los palacios de Brunequilda y Fredegunda, hasta que la descendencia de los merovingios vino á sepultarse con Dagoberto, (Dag-Bert), que vió apagar los últimos resplandores de las tradiciones públicas que todavía se conservaban del fecundo é inspirado genio de la antigüedad. El saber y la ciencia quedó por mucho tiempo concentrado en el clero, según antes dijimos, que fué, por cierto, su fiel depositario y guardador.

Después de haberse establecido varias monarquías, Pipino de Heristal, duque de Francia, se hizo dueño del poder y volvió á reconstruir la perdida corona para fundar una nueva dinastía.

Carlos, hijo natural de Pipino, realizó la obra de su padre, pero no se atrevió á terminarla; á su muerte dividió el territorio entre sus dos hijos Carlomán y Pipino el *Breve*. El primero abrazó la vida del claustro.

Protegido Pipino por la Iglesia se sentó en el trono, y el Pontífice exclamó: «Dios te ha elegido para que seas por la autoridad de San Pedro, príncipe y rey de los Francos.» El Papa Esteban consagró en la Iglesia de San Dionisio á Pipino, á su mujer Bertrada y á sus dos hijos Carlos y Carlomán. La extirpe Carlovingia quedó afirmada en el trono; pero pronto perdió la unidad y con ella la preponderancia, para que la Iglesia católica experimentara y sufriera días de luto y de amargo desconsuelo.

Pipino el *Breve* desde entonces fué el hijo predilecto de la Iglesia de Jesucristo, y combatió con fe y entusiasmo á todos sus enemigos. Restableció la autoridad moral del Papado, quiso que el sucesor de San Pedro tuviera completa independencia, que nadie ejerciera sobre él presión alguna, y pudiera obrar con toda libertad á fin de realizar los divinos destinos, para lo cual le hizo donación de cuantiosos Estados.

A la muerte de Pipino ciñó la corona su hijo Carlo-Magno, y desde luégo dedicó todo su poder á cimentar el trono con repetidas conquistas, llegando á ser el soberano más poderoso de Europa. Lleno de ferviente catolicismo, fué coronado por el Pontífice; el pueblo lo aclamó Carlos Augusto. He aquí como el jefe visible de la Iglesia se consideró investido del poder divino, por aquel principio; *Que toda autoridad dimana de Dios*, y por ende se constituía jefe de la humanidad.

El gobierno del Emperador y Rey, el gran Carlo-Magno, supo conciliar el orden con la libertad, y fué esencialmente representativo. Protegió la ciencia, ordenando al abad de Fulda que abriera escuelas episcopales y cenobiales, regeneró la escritura, elevando la dignidad moral del hombre, y difundió las luces de la inteligencia, fundando la Universidad de Paris, de la cual se declaró protector. Con tan grata perspectiva iba á terminar el siglo VIII.

Sin embargo, la Iglesia católica sufrió graves disgustos de los sucesores de

Carlo-Magno, sobre todo, los que siguieron á Ludovico Pío. La Alemania, la Francia y la Italia formaron tres estados independientes, y la primera con sus intrigas llegó á alcanzar la dignidad imperial.

De aquí provinieron defecciones é ingratitudes, hasta el punto que el Papa, que se le consideraba el Jefe supremo de los reyes, se viera depuesto y nombrado en su lugar un antipapa.

Mucho se ha escrito acerca de los antipapas, queriendo con ello demostrar la volubilidad del Pontífice y sus inestables principios de gobierno.

La historia viene en apoyo del Pontificado, demostrando que la tiranía de los emperadores sobre la Iglesia de Jesucristo, había reducido al Santo Padre á ser un simple delegado suyo, nombrándole según su capricho y voluntad, destituyéndole á su antojo y colocando un antipapa que se plegara á sus exigencias y proyectos.

En vano Othón el *Grande* renovó las donaciones hechas por Pipino, Carlo-Magno y Ludovico Pío, añadiendo otras por propia voluntad, siempre pretextando el deseo de dar importancia é independencia al Papado. Sus descendientes obraron con dañadas intenciones, considerándose como representantes de la monarquía espiritual universal.

La Iglesia católica marchaba fluctuando á merced de continuadas borrascas, los emperadores de Alemania elevaban ó deponían Pontífices, nombraban las altas dignidades y la Santa Sede estaba en cierta manera sojuzgada. Durante este largo período ¿qué extraño tiene que el Catolicismo se viera rebajado falto de la influencia que constantemente había ejercido para conciliar y defender los intereses de la Iglesia, y hasta que una parte del clero careciera de la ilustración peculiar á tan respetable clase?

Parecía que las cruzadas habían cambiado la manera de ser de la Europa y todas las instituciones sufrieron trastornos más ó menos profundos que radicales. Entonces se abrió de nuevo un combate encarnizado y hasta personal entre los emperadores de Alemania y el Papado, que duró cerca de siglo y medio. En estos pugilatos sangrientos ambos contendientes quedaron quebrantados.

La primera de estas luchas desastrosas estalló entre Gregorio VII, (Hildebrando, antes abad de Cluny) y Enrique IV de Alemania. *Nada parecido se había visto aún*, dice con justa razón el señor Guizot.

Gregorio VII supo realizar gloriosamente la regeneración civilizadora y la libertad del Pontificado, para desprenderse de la presión imperial que le ahogaba. Hildebrando se había mecido en humilde cuna, era erudito en letras sagradas y profanas, recto de corazón, prudente y de carácter firme, de vasto entendimiento y de costumbres severas é irreprochables. Y era tal la opinión

que tenía formada de la época, que escribía á Hugo, que á la sazón empuñaba el báculo pastoral de la abadía de Cluny, lo siguiente: «Ojalá pudiera haceros comprender las tribulaciones que me asaltan, los incesantes trabajos que me abruman cada día. He pedido muchas veces al divino Salvador que me saque de este mundo ó me permita ser útil á nuestra Madre común. Si vuelvo los ojos al Occidente, al Mediodía, al Norte, apenas descubro algunos sacerdotes que hayan llegado al episcopado por las vías canónicas. Entre los príncipes seculares no encuentro ninguno que prefiera la gloria de Dios á la suya, la justicia al interés; si fijo la atención en mi persona, me hallo tan agobiado en mis actos, que no veo esperanza de salud sino en la misericordia de Jesucristo. Si no alimentase la esperanza de una vida mejor y de ser útil á la Iglesia, no permanecería en Roma, sábelo Dios, donde me encuentro encadenado hace veinte años, flotando entre un dolor que se renueva diariamente y una esperanza demasiado remota.» Y luégo más adelante continuaba diciendo: «Nuestro único deseo es que los impíos se conviertan; que la Iglesia, conculcada, confusa y dividida, recobre su antiguo esplendor; que Dios sea glorificado en nosotros, y que nosotros con nuestros hermanos, y hasta con los mismos que nos persiguen, podamos alcanzar la salvación. Por una vil merced prodiga el soldado su vida, y ¿temeríamos nosotros arrostrar la persecución por lograr la vida eterna?»

Empero nombrado ya Papa con el nombre de Gregorio VII, empleó toda su influencia, sabiduría y esta firmeza de carácter en él característica para tan importante revolución, la cual debió quitar á los emperadores la facultad de nombrar el Santo Padre. Gregorio VII creó la monarquía pontificia.

El Pontificado fiel á su divina misión rechazó el yugo de aquellos ambiciosos monarcas, sosteniendo la libertad italiana contra los ataques de la casa de Hohenstaufen, y combatiendo la herejía que se había inoculado con el mayor descaro por varias ciudades de las cuales la de Milán era el centro y cabeza.

Sin embargo, la lucha entre los poderes espiritual y temporal estuvo acallada durante el entusiasmo de las primeras cruzadas, y á los emperadores de la casa de Suabia no les faltó pretexto para levantar el estandarte de la rebelión, nombrando á su antojo y capricho los falsos Pontífices.

En el entre tanto la ciencia miraba sin prevención alguna estas repetidas tempestades, y tranquila y sosegada seguía con paso firme, aunque lento, sus progresivos adelantos. Investigaba con afán las grandes leyes que Dios imprimiera á la materia, cuestionaba entre hipótesis y teorías más ó menos atrevidas y resolvía á su manera y en el campo de una especulación suspicaz y aventurada los áridos y complicados problemas, sin que el Catolicismo presentara otra oposición, que la de sostener el dogma en toda su pureza.

La Iglesia de Jesucristo jamás ha querido imponerse, no se impone, y sólo busca el triunfo de sus doctrinas en la santidad de los dogmas y en la moralidad de sus preceptos. ¿Qué más se quiere? ¿No ha sido el Catolicismo el que ha procurado con cristiana solícitud el bienestar de las masas desheredadas, aliviando á la pobre humanidad de la miseria que le agobia? Mirad el pastor protestante como en medio de su sencillez busca los pergaminos de su hidalguía, mientras que el sacerdote católico habiendo nacido noble alarga la mano al desvalido, enjuga las lágrimas al desgraciado, socorre al pobre y por todas partes aparece humilde hijo del pueblo imitando al Divino-Maestro.

Enrique IV tuvo la audacia de instalar en el Vaticano un antipapa, buscó el apoyo de la clase media y artesana para obrar contra los grandes feudatarios de Alemania, los cuales destruían la unidad creada por los Othones; pero aquellos se sublevaron emancipándose de unos y del otro para establecer las *ciudades libres*, y la Europa pudo aún conservar su libertad amenazada por tan ambicioso monarca.

Enrique IV había quedado huérfano á los seis años. Su juventud fué borrascosa y dispada en demasía, y más de una vez se le vió malo y perverso.

Gregorio VII tuvo que amonestarle, y le citó á Roma para que compareciese ante un concilio; pero contestó al Pontífice con una carta falta de respeto y llena de groseros insultos.

Colocado el monarca por propia voluntad en abierta oposición con el Papa, fué excomulgado. Cencio prefecto de Roma, queriendo sin duda complacer á Enrique, cogió por los cabellos á Gregorio, cuando estaba celebrando en la noche de Navidad el nacimiento del Hijo-Dios, y lo arrastró hasta el palacio papal. El pueblo sublevado arrancó al Pontífice de manos del asesino, y en triunfo volvióle á la Iglesia para concluir el santo sacrificio de la misa.

Enrique IV reunió un concilio en Worms, donde Hugo, uno de los cardenales depuestos, leyó un acta llena de imprudentes acusaciones, y acordaron en su vista no reconocer como pontífice á Gregorio VII. ¡Insensatos!

El Rey fué excomulgado por segunda vez y destituido de su elevado rango junto con los prelados que habían concurrido á Worms. Providencia que los sajones y turingios recibieron con especial aplauso, y los católicos con alegría y satisfacción.

Gregorio buscó un refugio seguro en el castillo de Cañosa, propio de la condesa Matilde, donde se presentó Enrique vestido de penitente, y consiguió á fuer de repetidas súplicas y humillaciones la absolución del Papa (1077). El Sumo Pontífice fiado en sus protestas y juramentos se la otorgó de buen grado; mas al poco tiempo lleno de despecho lanzóse precipitado en brazos de los enemigos del Papa, para comenzar una guerra asoladora que duró más de treinta

años. Los alemanes depusieron á Enrique IV, y eligieron á Rodolfo, duque de Suabia.

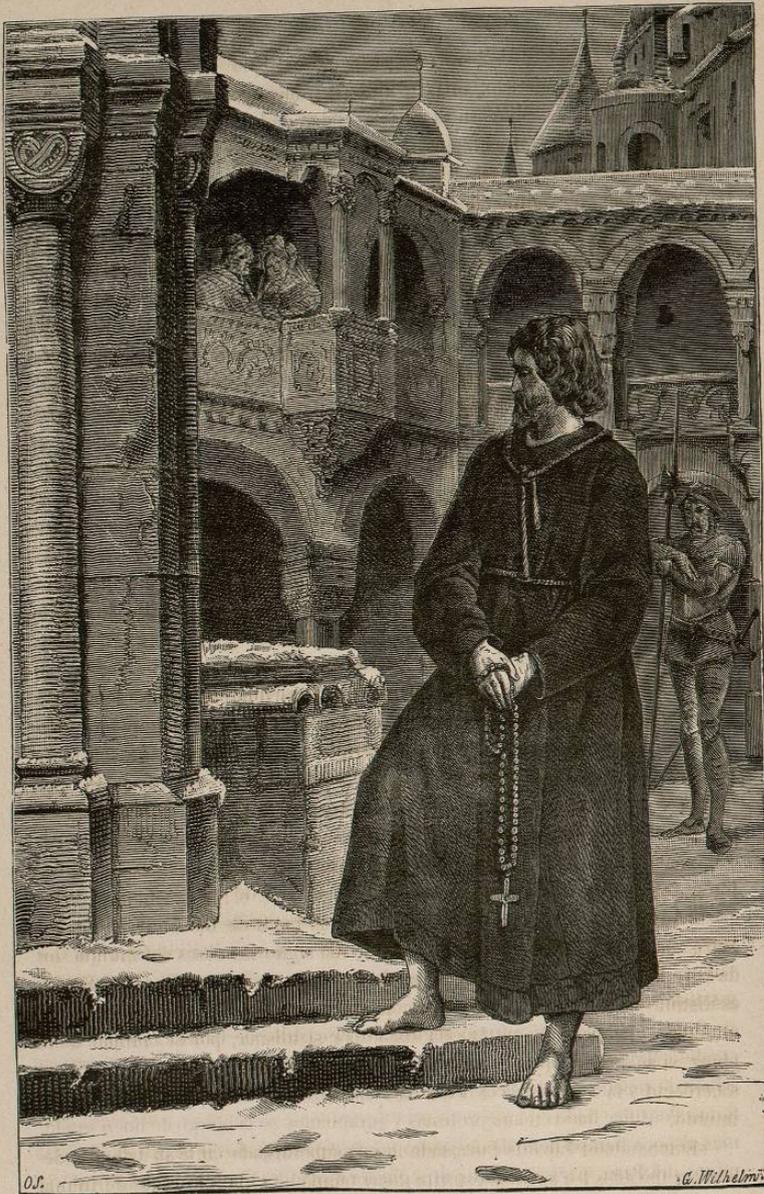
Gregorio VII se mantuvo neutral, los sajones se disgustaron y en Maguncia y luégo en Bressanone el Papa fué nuevamente depuesto por Enrique, nombrando para el Pontificado al arzobispo de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III. La guerra continuaba sin consideración ni respeto; Enrique IV fué derrotado en Elster; Godofredo de Bullón mató á Rodolfo; y Roberto rescató al Pontifice que del castillo de Sant' Angelo se había trasladado al de Letrán. Seguro en este punto excomulgó al antipapa. Luégo escoltado convenientemente pasó á Salerno, donde entregó su alma al Creador, exclamando: *He amado la justicia y he odiado la iniquidad; pero no muero en el destierro.* (23 de mayo de 1085). El poder y el prestigio del Pontifice se hallaban á una altura inconcebible.

Los juicios emitidos acerca Gregorio VII, han sido muy contradictorios. Para nosotros basta con lo que dijo en cierta ocasión el Gran Capitán de los tiempos modernos: *Si yo no fuese Napoleón, querría ser Gregorio VII.*

¿Era esta conducta del Papado en aquellos aciagos tiempos y en medio de tales aflicciones, un disentiendo al progreso y libertad de los pueblos? Ciertamente que no. Nos parece que el señor Draper conocerá con cuanta injusticia y marcada parcialidad ha juzgado á Gregorio VII, que fué la gran figura del siglo XI.

¿Cómo consideraba los poderes temporal y espiritual el gran Gregorio, en aquellos tiempos en los que el derecho público estaba cubierto de nebulosidades? Oigamos al Pontifice en su *Epístola III*: «La Iglesia de Dios debe ser independiente de todo poder temporal; el altar está reservado para aquel que por un orden no interrumpido sucede á San Pedro; la espada del Príncipe le está sometida, y viene de él porque es cosa humana: el altar, la cátedra de san Pedro emanan sólo de Dios, y de Él dependen únicamente.» «La Iglesia debe ser libre, debiendo llegar á serlo por medio de su jefe, el primer hombre de la cristiandad, el sol de la fe, el Papa que ocupa el lugar de Dios, cuyo reino gobierna en la tierra, y sin él no hay reino. Así como las cosas del mundo son de la incumbencia del Emperador, las de Dios corresponden al Papa. El Estado es distinto de la Iglesia. Ésta es una como su fe; uno su jefe, el Papa; unos sus miembros, los fieles: si la Iglesia existe por sí misma, por sí también debe obrar; si se quieren que prosperen el imperio y la Iglesia, es necesario que el sacerdocio y la monarquía asocien sus esfuerzos en obsequio de la paz del mundo.

»Emanando el Papa de Dios, todo le está subordinado; ante su tribunal deben ser llevados los asuntos espirituales y temporales; la Iglesia es el tribunal



Enrique IV en traje de penitente ante Gregorio VII.

de Dios, y decide acerca de los pecados de los hombres; enseña el camino de la justicia... etc.»

Estas indicaciones, sumamente insignificantes comparadas con las infinitas que se encuentran en sus cartas, probarán la energía de aquel carácter fuerte que se propuso regenerar la Iglesia católica. El estado de perturbación que dominaba en toda Europa, el movimiento de las cruzadas, las resistencias rebeldes de los príncipes alemanes, que en continuada lid con el Pontífice aspiraban á colocarlo bajo su inmediata dependencia, justifican el lenguaje del gran Gregorio VII.

Pasado un año fué elegido Victor III, que no se atrevió á salir de Monte Cassino. Le sucedió Urbano II, que siguió las huellas de Hildebrando.

El hijo de Enrique IV, llamado Conrado, halagado por las ciudades libres, rebelóse contra el padre; pero murió al poco tiempo abandonado de todos, no sin que el monarca se reconciliara con sus enemigos. Quedaba otro hijo también rebelde, que tomó el nombre de Enrique V. El padre había fallecido poco antes en Lieja perseguido por el hijo.

Desgraciado anduvo el nuevo monarca con los señores feudatarios, no obstante de sus pretensiones de dar las investiduras á los prelados y el homenaje ligio; y amenazando al pontífice Pascual II con poderoso ejército, se firmó, al fin, para evitar mayores males, el arreglo de Sutri. Este arreglo fué anulado por los Cardenales reunidos en Letrán, donde el Arzobispo de Viena lanzó sobre Enrique V la terrible excomunión. El Papa aprobó en Concilio cuanto habían realizado los Príncipes de la Iglesia. El Monarca con el mayor desenfado se apoderó de los cuantiosos bienes de la condesa Matilde por fuerza de armas. Estos bienes habían sido legados á la Iglesia católica por la piadosa condesa.

Muerto Pascual II, le sucedió Gelasio II, que fué muy maltratado y arrastrado por la Iglesia, por otro Cencio, (Frangipani), nombrándose á Bourdín, que tomó el nombre de Gregorio VIII. El Papa huyó á Francia, donde bajó al sepulcro: era un antipapa nombrado por el Emperador.

Los Cardenales eligieron á Calixto II, que con habilidad suma supo sobreponerse al antipapa encerrándole en un convento de donde pudo escaparse. Enrique V asustado por la excomunión, firmó en Wurzburgo la paz con los barones y con el Papa; y todo quedó aprobado en la dieta de Worms, en la cual se hicieron mutuas concesiones, renunciando el Emperador el derecho de dar la investidura del báculo y el anillo. De este modo terminó la primera guerra de las *investiduras*, que había durado 48 años. Aquí, en verdad, el Emperador había conservado sus pretensiones para ocasión más oportuna.

Y ahora nos atrevemos á preguntar ¿era que el Pontífice quería unir el po-

der religioso con el civil, ó más bien, que éste pretendía apoderarse de aquél por medio del engaño y por la fuerza de las armas?...

Con la muerte de Enrique V quedó extinguida la casa de Franconia, que durante un siglo llenó de luto á la Italia y á la Alemania.

De aquí dimanaron dos partidos enemigos encarnizados; uno que sostenía el principio de elección llamado de los *Güelfos* (welfs), y otro que quería el principio hereditario, que tomó el nombre de *Gibelinos* (Gibelignos).

La corona era disputada por las tres poderosas casas de Supplinbuog, Franconia y Hohenstaufen. Lotario II que pertenecía á la primera, elegido por la asamblea de Maguncia fué desgraciado, y murió cerca de Trento. Conrado que había tomado el título de rey de Italia, obtuvo la preferencia, dejando desairado á Enrique de Baviera yerno de Lotario. La casa de Hohenstaufen ó de Suabia se vió en el poder.

La Silla pontificia estaba también entre dos competidores, y San Bernardo designó á Inocencio III, que al parecer era á quien pertenecía de derecho. La Iglesia protegió á los lombardos que alcanzaron la libertad, y la Italia vió también alimentarse en su seno aquellos bandos enemigos de güelfos y gibelinos.

La elevación de Federico I, llamado *Barbarroja*, al trono cambió completamente la marcha de los sucesos. De gallarda presencia, sencillo en sus costumbres, enérgico en los mandatos, de talento, amante de la justicia, si bien un tanto avaro, supo sujetar á la república romana. Adriano IV se refugió en el castillo de Sant' Angelo, hasta que al fin coronó á Federico.

Retirado de Roma y hallándose en la dieta de Besanzón, recibió del Papa la célebre carta, donde interpretando la palabra *beneficia* á su manera, volvieron á excitarse los ánimos y á encenderse los apagados rencores. Un odio inextinguible se apoderó de aquellos corazones, que produjo guerras, asesinatos, incendios y toda suerte de calamidades. La hoguera consumió á Arnaldo de Brescia, que había sido entregado por el conde de Campania. Este asesinato dejaba trasparente las intenciones de Federico Barbarroja.

¿Y que le decía el Pontífice en la tan célebre carta para que el emperador Federico Barbarroja se considerase humillado? *Te hemos concedido la corona imperial, y no hubiéramos vacilado en concederte mayores beneficios si fuese posible su existencia.*

Es muy posible que los ánimos se exacerbaban cuando el cardenal Bandinelli, papa después con el nombre de Alejandro III, dijo delante de la dieta de Besanzón: «Si el Emperador no tiene el imperio del Papa, ¿de quién lo tiene?» Expresión poco á propósito en aquellos momentos, que por poco le cuesta la vida. El papa Adriano explicó el sentido en que empleaba la palabra *beneficia*, siempre en perfecta consonancia con la Escritura.

El Emperador molestaba al Pontífice por cuantos medios le sugería la ambición, ya apoderándose de los derechos reales en sus múltiples variedades, ya queriendo revisar los derechos pontificios, usando de un lenguaje poco respetuoso y mandando á las ciudades los *podestás* ó magistrados que ejercían la potestad real. En estas revueltas y atropellos la ciudad de Lodi fué destruida y se llevaron á efecto toda suerte de atropellos, robos, vejaciones y asesinatos.

Adriano IV había fallecido y fué reemplazado por Alejandro III, á quien ultrajara también el Emperador, que arrastrado por el coraje cometía toda suerte de excesos.

La unidad católica había estado en grave compromiso por la temeridad de Federico I. Las quejas de los milaneses se repitieron, quienes desamparados andaban errantes y sin asilo seguro; de aquí la necesidad de olvidar pasados rencores y unirse para protegerse haciendo frente al enemigo común, que era el Emperador. Verona, Vicencio, Trevisa y Pádua auxiliados de los venecianos formaron una liga con los milaneses, que tenía por base defender la libertad, evitar que los alemanes penetrasen en la Lombardia y recobrar aquellos derechos que tenían en tiempo de Enrique III.

Alejandro III se había refugiado en Francia y protegía la Liga; á la cual mandó su bendición, lo mismo que á Guillermo I de Sicilia y Enrique III de Inglaterra: algunos otros Estados y monarcas la favorecieron con metálico y combinaciones diplomáticas.

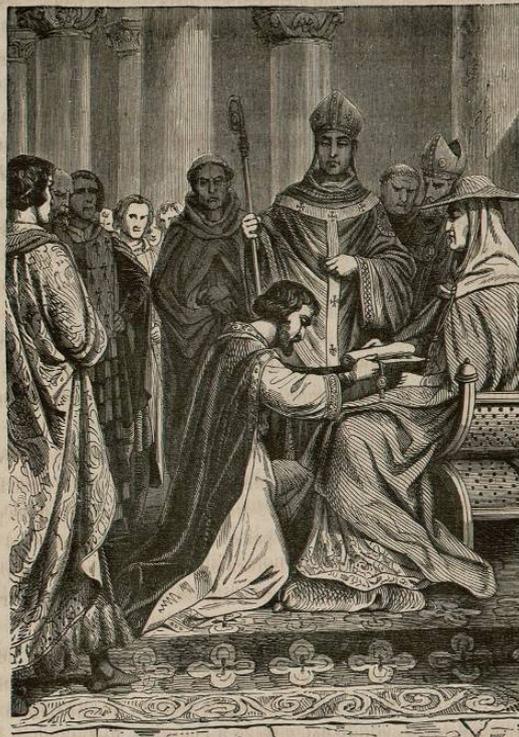
Federico miró con cierto respeto las ciudades confederadas, tomó á Roma, y en un momento de furor mandó quemar la gran basilica de San Pedro. La Italia oponía una resistencia invencible, que el clima y los miasmas palúdicos auxiliaron. Falto de ejército, tuvo que pedir otro á la emperatriz, el cual fué también deshecho y derrotado en la llanura de Legnano. Agobiado por los republicanos y sin poder satisfacer el empréstito de los genoveses, se reconcilió con la república de Pisa, dejándolos á todos burlados.

Vuelto el Pontífice alentado por la actitud de Venecia, la cual derrotó las galeras genovesas donde cayó prisionero un hijo de Federico, y cansado éste de tantos años de lucha, firmó con Venecia un tratado reconociendo al Pontífice, con otras garantías estipuladas á favor de la Santa Sede.

La estrella del Emperador comenzaba á marchar á su ocaso, y se apresuró á volver al seno de la Iglesia. Empero faltando á todo lo convenido, coronó á su hijo rey de Alemania é Italia con el nombre de Enrique VI. La lucha entre la poderosa casa de Hohenstaufen y el Papado había sido un duelo á muerte.

En Venecia el gran Federico Barbarroja ejerció el oficio de ujier con el Papa, prestó los homenajes antes establecidos y de costumbre entre sus antecesores, tuvo el estribo y agarrado de la brida condujo la cabalgadura hasta el palacio.

Federico se hizo cruzar (1188), siguiendo la costumbre de su tiempo para conciliarse en Tierra Santa con la Religión que tanto había humillado y ofendido en la persona sagrada del Pontífice, y queriendo pasar el río Cidno en Cilia, menos afortunado que Alejandro, se ahogó en la corriente. Sus carnes, dice C. Cantú, fueron sepultadas en Tarso y sus huesos en Tiro (1190).



Inocencio III recibe el homenaje de Juan Sin Tierra.

El reinado de su hijo Enrique VI fué de corta duración; pero en él las crueldades, las devastaciones, las muertes violentas, los horrores, los incendios no tuvieron comparación ni ejemplo. Murió cuando apenas contaba 32 años, y los autores más refractarios á la Iglesia católica, no han encontrado ni una palabra de consuelo para tan desgraciado tirano.

En los últimos instantes de su vida pudo aún reconciliarse con la Iglesia, dejando al Padre Santo tutor del joven Federico, que sólo contaba cuatro años de edad.

Inocencio III, que á la sazón ocupaba la Silla pontificia, sólo tenía 37 años. Dotado de cualidades nada comunes, vasta erudición, carácter enérgico y gran tacto para los negocios, reorganizó la Iglesia, mejoró la moral y buenas costumbres, dió impulso á la beneficencia fundando hospitales y fué protector de las bellas artes.

La anarquía se presentaba con todos sus horrores. Los gibelinos coronaron á Felipe de Suabia y los güelfos á Othón IV. El joven Federico II se intitulaba Rey de romanos; pero el Pontífice á quien apelaron favoreció á Othón, que al poco tiempo asesinó á su contrario, casándose después con su hija Beatriz. Esta señalada preferencia no evitó que el ambicioso Othón, faltando á su juramento y á los sagrados compromisos, se declarara enemigo del Papa; el cual le presentó como rival poderoso y temible á Federico II, que apoyado por los gibelinos adquirió celebridad y nombradía. Su hijo Conrado, que aun estaba en la cuna, fué coronado.

La Europa llena de asombro aguardaba el tremendo desenlace. Othón quedó vencido, Federico se consagró como Emperador (25 de julio 1215), y el gran Inocencio III bajó al sepulcro (16 de julio 1216), con el mayor consuelo por haber realizado todos sus deseos y aspiraciones.

Honorio ocupó la silla de San Pedro; pero la dulzura de su carácter no era á propósito para una época turbulenta, llena de infamias y villanías.

Era Federico II hombre de gran capacidad, ilustrado y entusiasta del materialismo. Fundó por propia inspiración la Universidad de Nápoles.

Gregorio IX había sustituido á Honorio. El partido republicano continuaba en sus revueltas y repetidas insurrecciones, y establecida la paz en la dieta de Maguncia, concluyeron los güelfos y gibelinos italianos.

Á Gregorio le reemplazó Inocencio IV, y cuando la noticia llegó al Emperador, exclamó: «He perdido un Cardenal amigo, para tener un Papa enemigo.»

No se engañaba. El Pontífice supo sostener los fueros de su elevada dignidad; pasó á Génova y á Lyon, donde excomulgó á Federico, mandando á los electores que nombrasen otro emperador. Federico II se hallaba en Turín, y despechado hizo que le trajesen la corona de hierro, y colocándosela en la cabeza, dijo: «¡Desgraciado del que se atreva á tocarla! ¡Desgraciado del Pontífice que ha roto todos los lazos que con él me unen, y que ya no me deja seguir otros consejos que los de la cólera!» Federico II después de vencido en Toscana, murió en Firenzuola en la Pulla (13 diciembre 1250), pudiendo aún reconciliarse con la Iglesia católica: tenía 66 años.

Con la muerte de su hijo Conrado IV la casa de Suabia dejaba abandonada la corona imperial. La anarquía y el desconcierto imperaron por todas partes, y para garantir la seguridad de los ciudadanos se formaron dos confederaciones; la *Confederación del Rhin y la Ansa ó Liga anseática*.

Manfredo conquistó la Sicilia y protegió á los musulmanes con inusitada imprudencia; pero fué excomulgado por Urbano IV, que había sustituido á Inocencio. Carlos de Anjou hermano del Rey de Francia, se coronó Rey de las dos Sicilias, y Manfredo murió en la batalla de Benavento. Era hijo natural de Federico II.

Carlos de Anjou era ambicioso y tirano; hombre de guerra cuidaba poco de la administración. El disgusto general levantó los ánimos de muchos, que ayudados por los que todavía conservaban el nombre de gibelinos, se acordaron



Federico II poniéndose la Corona de hierro.

del hijo de Conrado IV, que se le distinguía con el diminutivo de *Conradino*. Era nieto de Federico II, y vivía retirado bajo la protección del duque Luis de Baviera.

Fácil se creyó la restauración por el joven Conradino y sus amigos, que llenos de ilusiones y esperanzas salieron á campaña, recibiendo el primer desengaño á su llegada á Verona. Fueron desairados en la Lombardia y el joven pretendiente conservó aún sus aspiraciones favorecido de los africanos y alentado por Don Enrique de Castilla y por su primo Federico duque de Austria. Lleno de confianza se dirigió al frente de sus tropas hácia los Abruzzos, y en Tagliacozzo encontró el ejército de Carlos, por cierto bastante reducido. Los franceses quedaron dueños del campo de batalla, y el desgraciado Conradino con sus primos Federico y Enrique cayeron prisioneros cuando después de la derrota emprendieron la fuga.

Carlos de Anjou lleno de despecho estuvo inexorable. Quiso dár al asesinato que bullía en su mente una forma legal, y para ello nombró dos síndicos de cada una de las ciudades de la tierra de Labor. Constituidos en tribunal, un proto-notario leyó la acusación, que era superficial y hasta ridícula.

Vanas fueron las instancias y gestiones de Clemente IV, á pesar de hallarse gravemente enfermo, de cuya dolencia fué víctima, inútil la carta por la que reclamaba al regio prisionero, perdidos los razonamientos de algunos jueces, y especialmente de Guido de Suzaria, quien con noble entereza y valor dijo: «Si vino á este reino con ejército, fué porque lo miraba como una herencia que la fuerza le había arrebatado. Vencido y aprehendido en su fuga, es prisionero de guerra y debe ser tratado como tal.»

De todos aquellos jueces, sólo uno pronunció la terrible sentencia de muerte; los demás guardaron un silencio imponente y Carlos tuvo que resumir los cargos y fallar. Conducta que estaba en oposición con las prácticas jurídicas de todas las legislaciones conocidas.

En la plaza del Carmen de Nápoles se levantó el patíbulo cubierto con paño de color escarlata, el cual recordaba que la víctima descendía de sangre real. Conrado de Suabia (Conradino) y Federico de Austria subieron con paso firme las gradas del cadalso. Carlos de Anjou ocupaba un baluarte no lejos del patíbulo desde cuyo sitio dirigía aquella atroz matanza.

El proto-notario leyó la sentencia y Conradino con clara entonación, dijo: «Vil esclavo, tu amo declara culpable al hijo de un rey. No sabe que el igual no puede condenar á otro igual.» Enseguida volviéndose al pueblo y con voz pausada añadió: «Aunque Dios me ha criado á su semejanza me ha hecho mortal, y por lo tanto he de morir; pero se me ha condenado injustamente. Que se pregunte á los reyes de la tierra; que digan según su conciencia, si el hijo que trata de recobrar la herencia de su padre es culpable. De todos modos, sino merezco perdón, que á lo menos sean indulgentes con mis inocentes amigos. Que aquellos que llenos de fe en la justicia de mi causa me han seguido, no participen de mi suerte. ¡Oh! si nada puedo alcanzar en su favor, pido como una gracia especial que me hieran á mi primero, para no tener el sentimiento de verles morir.»

Enseguida abrazó á Federico, llamó á su madre y... Conradino había entregado su alma á Dios. Federico de Austria tomó con loco frenesí aquella ensangrentada cabeza y la besó... Después de Federico fueron decapitados los demás reos.

Los caballeros franceses puestos de rodillas al pié del cadalso estaban indignados, y Roberto de Bethume, yerno de Carlos de Anjou, se precipitó sobre el proto-notario y de una estocada lo dejó sin vida.

La desgraciada Isabel vino desde Baviera á recoger los restos de su hijo y de su sobrino. Una estatua de aquél y una inscripción para éste, que aun existen en el claustro del convento de Carmelitas de Nápoles, recuerdan la deshonra y el crimen realizado con inaudito cálculo por Carlos de Anjou, hermano del piadoso San Luis rey de Francia.

La lucha entre los papas y los emperadores de la casa de Suabia que duró siglo y medio, se ha apreciado de distinto modo, según las tendencias y simpatías de los escritores. En general todos reconocen que el Sumo Pontífice es el jefe de la cristiandad, y sus decisiones sancionadas por los concilios deben



Conradino.

ser acatadas y obedecidas por todos los católicos. ¿Por qué no hemos de ver en el poder que inició Gregorio VII, la aurora risueña que inauguraba un porvenir lleno de augusta majestad y de gloria inmarcesible? ¿Qué, acaso, el pontificado de Inocencio III, no demuestra al mundo la poderosa influencia del Papa, cuando puede obrar con absoluta independencia del Estado? ¿No auxilió y protegió á los desvalidos contra la tiranía de los opresores? Pues al prestar su eficaz apoyo y apostólica protección á la infortunada Ingeburga reina de Francia, contra los crueles tratamientos de su marido ¿no ejercía un acto de alta y levantada misión en pro de la humanidad y de la civilización católica? Los Pontífices destruyeron más de una vez la ambición insaciable de aquellos emperadores, de los reyes y grandes magnates, sus desarreglos inmorales y